Telón de Agora

LA VIUDA VALENCIANA. EL PRESTAMISTA. DOS EN UN BALANCÍN. EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN.

La viuda valenciana, de Lope de Vega, fué representada por Dido, Pequeño Teatro de Madrid, en el María Guerrero. Ahora ha vuelto de su mano a las tablas, muy oportunamente, en el Reina Victoria, para solaz del turista puntual e insaciable y para hacer turista de nuestro teatro clásico al remiso español.

Josefina Sánchez Pedreño, refundidora feliz de la obra, dice muy bien, que, "en rigor, estamos ante el estreno en España de La viuda valenciana", ya que la única representación conocida, del XIX, versión de Mesonero Romanos, alteraba el texto original para que los españoles salvaran su alma, una vez más.

La viuda valenciana es *Amarilis,* Marcia Leonarda, en fin, Marta de Nevares, omega del corazón de Lope como fué alfa o llave Elena Osorio. Lope le dedica esta comedia de deleitoso enredo haciendo a todos y cada uno de los personajes girar al son de las gracias de la valenciana, que estrenaba viudez a punto. La obra es entretenidísima, divertida, movida, con versos del mejor Lope, que, de haber vivido ahora, se hubiera remozado rápidamente viendo a Carmen Bernardos hacer de Marta. Obtuvo, de nuevo, un éxito personalísimo.

El decorado, de Víctor María Cortezo, nos pareció abigarrado, y Gabriel Llopart, representando *Camilo,* con escaso sentido del humor, envarado, equivocado en su papel, en suma. Los demás, bien. Excelentes Alicia Hermida, José María Prada y Miguel Ángel. La dirección, de Ángel Fernández Montesinos, discreta.

Un aperitivo sabrosísimo que estimulará el banquete del Cuarto Centenario del nacimiento de Lope, el año próximo. Lo esperamos.

Se ha estrenado en el Cómico El prestamista, comedia *policíaca,* según la califica su autor, Fernando Josseau, chileno. Salen a escena sucesivamente, ante un invisible agente interrogador, tres presuntos culpables del asesinato de un prestamista. Cualquiera de ellos, por su historial turbio, puede ser el asesino, aunque el público se inclina a pensar que es el peor, el último, que resulta luego un buen hombre. La voz en *off* que interroga a los personajes durante toda la obra, nos notifica al final—ya habrá hecho sus averiguaciones—que el culpable es... uno de los otros dos (mantendremos el secreto, en parte). La in-

cómoda postura de los acusados y sus vidas distintas permiten al autor, con amplitud, batir zonas sociales en hechos criticables en justicia. Josseau lleva razón, si bien cierto afán de recrearse con algunos hechos y gentes nos autoriza a considerar su crítica ligeramente parcial, quizá con miras a la taquilla. Los tres acusados—muy distintos—los interpreta Raúl Montenegro, también chileno, que prueba, con creces, ser un formidable actor. Él merece todos los elogios. EL PRESTAMISTA no es LA VOZ HUMANA, de Cocteau, pero no es tampoco despreciable. Su autor acredita un sabio ejercicio, entretiene, conoce a fondo el teatro; esta obra, difundida y galardonada excepcionalmente, pertenece a ese estimable teatro medio que fué siempre antesala, escuela, vivero, de las grandes obras.

En el Recoletos han estrenado DOS EN UN BALANCÍN, obra con la que se presenta al público español el dramaturgo, novelista y poeta norteamericano William Gibson. La versión—cuidada, como es costumbre en él—es de José López Rubio, y la interpretación estuvo a cargo de la venezolana Natalia Silva y el español Andrés Magdaleno, primeras figuras del teatro La Comedia, de Caracas.

DOS EN UN BALANCÍN es obra de dos personajes y sorprende, desde las primeras escenas, por su honradez. Desde el comienzo vemos que todo irá a cuerpo limpio de pausas y diálogo; que lo que ocurra allí pasará, sobre todo, por dentro, y no habrá más sorpresas que las que nos traigan las palabras; a ellas les tocará cogernos o no, revelarnos a *Wanda* y *Jerry* o desinteresarnos, aburrirnos. Gibson no sólo consigue interesar, sino hacer ver y sentir plenamente a sus criaturas que se debaten, en juego dramático, desacordados, presas, sin embargo, de amor verdadero, grande.

Parece que Gibson "cazó" la obra viendo a una mujer y a un hombre balancearse en una tabla puesta sobre una piedra. Cuando subía uno, el otro bajaba. Este es el balanceo que capta el público más fácilmente. Pero trabado con él, el autor ha hecho también subir y bajar a los personajes frente a sus respectivos pasados. Una obra rica, difícil, lograda. Sin concesiones. Una obra que vuelve a recordarnos lo que nos hacen olvidar tantas veces: que el teatro es diálogo, por encima de todo. Pero, ¡a tantos autores les estorba lo negro!

Natalia Silva y Andrés Magdaleno actuaron con precisión, entrega y buen arte. Más segura, ella. Él debe tomar en serio cierta dificultad que le hizo balbucir en tres o cuatro frases.

Segunda obra en español de William Gibson: EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN, en el Reina Victoria. Como en DOS EN UN BALANCÍN, adaptación de López Rubio. La obra revive un hecho cierto, famoso. La niña—hoy anciana de ochenta años—Hellen Keller, ciega y sordomuda, tomó contacto con el mundo exterior, y con el suyo propio, gracias al tenaz y humano esfuerzo de Ana Sullivan, casi ciega también, procedente de un internado para ciegos, de Boston. El espectador podía conocer el hecho antes de ver la obra o enterarse de todo en su butaca

leyendo el programa. Es una obra sin trampa, un reportaje perfecto. El diálogo es escaso. Un 60 por 100 del texto son acotaciones y notas sobre acción y movimientos. Sin embargo, EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN interesó, emocionó. En el Reina Victoria habían encontrado a *Hellen:* Maribel Ayuso (prodigiosa niña a la que recordaremos siempre en esta interpretación que le agradecemos tanto). Habían encontrado a *Ana:* Lola Cardona (en un trabajo a la vez duro y humano, el mejor y el más difícil, sin duda, que le hemos visto). Lo demás, "había sucedido", "estaba escrito" ("Historia de mi vida", de Hellen Keller; cartas de Ana Sullivan) y Gibson, guionista de cine y televisión, conocedor del público, le daría interés suficiente. Después de la primera parte podíamos haber revelado sin error lo que pasaría en la segunda, pero no la emoción que sentimos en la escena en que la pequeña Hellen pide palabras con la mano abierta, pálida, esperanzada. Obras como ésta, como EL DIARIO DE ANA FRANK, ayudan—con sus puerilidades, con su poquito de melodrama, con todo—a mejorar el mundo.

Expresivos, sobrios en sus papeles menores, Andrés Mejuto y Francisco Guijar. Los demás cumplieron, bajo la dirección todos de José Luis Alonso. Decorados y figurines de Sigfrido Burman ambientaron con propiedad la obra (Alabama, 1880).

M. F.

